

NEW LEFT REVIEW 123

SEGUNDA ÉPOCA

JULIO - AGOSTO 2020

	ARTÍCULO	
ROBERT BRENNER	Saqueo pantagruélico	7
ENTREVISTA		
ROBERTO SCHWARZ	Neoatraso en Brasil	29
ARTÍCULOS		
SHARAD LELE	Ecoestrategia desde el Sur global	43
MAO JIAN	Sobre la pestilencia y el amor	69
WOLFGANG STREECK	La segunda teoría de Engels	77
CARLO GINZBURG	Galileo y los censores	94
MONIQUE SICARD	Eutopía	115
FRANCIS MULHERN	En la contaduría académica	121
CRÍTICA		
LORNA FINLAYSON	¿Las reglas del juego?	141
JULIAN STALLABRASS	Ironía error	151
ADRIAN GRAMA	Negt sin Kluge	159

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

SHARACHCHANDRA LELE

MEDIOAMBIENTE Y BIENESTAR

Una perspectiva desde el Sur Global

ESCRIBO ESTE ARTÍCULO desde Bengaluru durante el confinamiento impuesto por el gobierno de Modi para enfrentarse a la pandemia del COVID-19. El confinamiento ha desencadenado dos corrientes opuestas en las redes sociales. Por un lado, las imágenes de un río Yamuna más limpio, de la cordillera del Himalaya visible desde ciudades industriales anteriormente contaminadas en el Punjab, e incluso del Everest, que ahora puede verse desde pueblos de la llanura indogangética, suscitan comentarios del tipo de «la Madre Tierra está recuperándose» y «¿cómo podemos conservar los dividendos verdes del COVID-19?». Por otro, las imágenes de cientos de miles de trabajadores migrantes que se han quedado sin empleo, confinados en campos de tránsito o caminando desesperadamente cientos de kilómetros para regresar a sus pueblos, revela la sórdida base del crecimiento económico capitalista y una discriminación profundamente arraigada en nuestra sociedad. En este contexto, con unas economías rotas y una depresión global en lontananza, el debate actual en la *NLR* sobre la «estrategia verde» puede parecer irrelevante. Sin embargo, creo que solamente si nos comprometemos con este debate utilizando una perspectiva social y medioambiental más amplia e integrada, podemos entender por qué la «Madre Tierra» no puede curarse a sí misma tal y como están las cosas y por qué conservar el «dividendo verde» del COVID-19 va unido a la suerte de los trabajadores.

Hasta ahora, la discusión en la *NLR* ha estado mayormente limitada a la cuestión de si el «crecimiento verde igualitario» o el «*green new deal*» propuesto por Robert Pollin deberían proporcionar el camino para una

estrategia medioambiental o si bien la economía de estado estacionario propuesta por Herman Daly o el decrecimiento son de hecho cuestiones esenciales¹. En el proceso ha surgido cierta confusión sobre lo que queremos decir con «crecimiento» y, lo cual es más importante, el debate ha soslayado cuestiones vitales sobre lo que realmente queremos –bienestar y justicia social, así como salvar al planeta– y cómo están conectados entre sí estos tres objetivos sociales. Aunque escriba desde la perspectiva del Sur global, creo que los argumentos que desarrollo son de aplicación general.

I. PROBLEMAS DE CRECIMIENTO

¿Qué es lo que queremos decir exactamente con términos como «crecimiento» y «estado estacionario»? Para Daly, la economía es un subsistema en expansión que funciona dentro de una ecoesfera finita; el crecimiento económico se mide en términos del incremento de su «producción biofísica», que amenaza con interferir con el funcionamiento del planeta como sistema integral. Daly pide límites sobre el crecimiento tanto de la población, como del agotamiento de los recursos naturales (combustibles fósiles, minerales; potencial contaminación del agua, el aire y el suelo) para mantener el subsistema económico en un «estado estacionario». Dado que la producción biofísica está «asociada» al PIB, estos límites a la expansión cuantitativa supondrían una moratoria sobre el crecimiento de este, aunque sostiene que ello hay que llevarlo a cabo sin poner en peligro nuestra búsqueda del bienestar, lo cual podría derivarse de un desarrollo cualitativo².

¹ Véase, Herman Daly, «Ecologies of Scale: Interview by Benjamin Kunkel», *NLR* 109, enero-febrero de 2018; «Ecologías de escala», *NLR* 109, marzo-abril de 2018; Troy Vettese, «To Freeze the Thames: Natural Geo-Engineering and Biodiversity», *NLR* 111, mayo-junio de 2018; «Congelar el Támesis. Geoingeniería natural y biodiversidad», *NLR*, 11, julio-agosto de 2018; Robert Pollin, «De-Growth vs a Green New Deal», *NLR* 112, julio-agosto de 2018; «Decrecimiento vs. nuevo *New Deal* verde», *NLR* 112, septiembre-octubre de 2018; Mark Burton y Peter Somerville, «Degrowth: A Defence», *NLR* 115, enero-febrero de 2019; «Decrecimiento. Una defensa», *NLR* 115, marzo-abril de 2019; Mary Mellor, «An Eco-Feminist Proposal: Sufficiency Provisioning and Democratic Money», *NLR* 116/117, marzo-junio de 2019; «Una propuesta ecofeminista. Aprovechamiento suficiente y dinero democrático», *NLR* 116/117, mayo-agosto de 2019. Una visión global del debate se encuentra en Lola Seaton, «Questions», *NLR* 115, enero-febrero de 2019; «Cuestiones verdes», *NLR* 115, marzo-abril de 2019.

² H. Daly, «Ecologies of Scale», cit., pp. 88-92, 101.

Para Pollin, por otro lado, el crecimiento significa elevar el PIB, es decir, aumentar la actividad económica, lo cual es algo inherentemente deseable, porque está causalmente relacionado con la creación de empleo y el aumento de los ingresos y por ello, implícitamente, con el bienestar general. Su preocupación es que el cambio climático amenaza con un desastre ecológico: «Existe una posibilidad nada trivial de que pueda estar en juego el mantenimiento de la vida en la tierra tal y como la conocemos»³. Por ello propone una estrategia medioambiental –inversión global de un billón de dólares en sectores de energías limpias y una drástica reducción de la utilización de combustibles fósiles– dirigida a reducir las emisiones de carbono el 80 por 100 en los próximos treinta años, tal y como exige el IPCC [Panel Intergubernamental sobre el Cambio Climático], para «estabilizar» el clima de una manera que no reduzca la renta agregada y que de hecho pueda aumentarla. Sus estudios sugieren que una inversión de esa magnitud en energías limpias (1,5 por 100 del PIB) supondría una significativa creación de empleo. En cambio, Pollin se opone al decrecimiento, algo que él comprende como una contracción del PIB, porque considera que conduciría a una profunda recesión que provocaría un desempleo masivo, la caída de los niveles de vida y en consecuencia una disminución del bienestar. Como un agravante más, calcula que incluso una contracción del 10 por 100 del PIB, mucho mayor de la que se produjo en la recesión de 2008-2009, solamente reduciría las emisiones de carbono el 10 por 100, lejos del 80 por 100 requerido. El decidido enfoque de Pollin se centra en la reducción de la producción de una clase de material –los combustibles fósiles– pero de una manera que mantenga alto el PIB y el crecimiento a través de la inversión verde⁴.

Al igual que para Daly, la principal preocupación de partidarios del decrecimiento como Mark Burton y Peter Somerville es la producción material. Para ellos, el crecimiento significa una incesante búsqueda de extracción de recursos, que consume no solo combustibles fósiles sino también agua, aire, bosques, tierras de cultivo y caladeros de pesca. Sostienen que la huella material de la actividad humana agregada es actualmente 1,7 veces superior a la biocapacidad del planeta. Por ello, en vez de un mayor crecimiento –o incluso en vez del crecimiento estacionario de Daly– quieren que la actividad económica se reduzca el 40 por 100 mediante drásticos recortes de la producción industrial, la

³ R. Pollin, «De-Growth vs a Green New Deal», cit., p. 5.

⁴ *Ibid.*, pp. 8, 17, 21-22.

construcción, la agricultura (monocultivos dependientes de combustibles fósiles) y la distribución (sistemas de transporte marítimos, aéreos y por carretera). Su objetivo explícito es el Norte global, donde los niveles de consumo se verían severamente limitados. La contracción del PIB es una consecuencia necesaria del decrecimiento, pero ellos esperan que pueda gestionarse de manera equitativa: «En teoría», la contracción podría limitarse a los ricos, ya que «las emisiones elevadas están fuertemente correlacionadas con las concentraciones de riqueza y renta». Además, si hay que reducir el consumo, ¿quién necesita mayores ingresos? Como Daly, asumen que el bienestar puede desvincularse de la renta y del consumo material, especialmente en los países de ingresos altos del Norte global⁵.

Examinadas desde la perspectiva del Sur global quedan claras las respectivas limitaciones de cada planteamiento. En primer lugar, como reconoce el propio Pollin, el «desarrollo» no puede reducirse al crecimiento del PIB, incluso en los países en vías de desarrollo. Además, como muchos de nosotros hemos estado sosteniendo desde hace tiempo, el crecimiento del PIB en sí mismo no es suficiente ni necesario para asegurar un verdadero desarrollo⁶. Dado que el PIB representa una medida media que ignora la desigualdad, puede aumentar aunque los pobres sigan siendo pobres –como sucede, por ejemplo, en Brasil– o estancarse a pesar de que el bienestar de los más pobres aumente drásticamente, como ha mostrado el modelo de Kerala en India. El objetivo siempre debe ser, por consiguiente, la mejora del bienestar individual y de la comunidad medido por resultados físicos y sociales reales a lo largo de la totalidad del espectro socioeconómico y no mediante la utilización de un indicador como la renta media. El énfasis que pone Pollin en el PIB –y peor todavía, en el continuo crecimiento de este en el Norte global– es por ello insostenible. El momento en que el bienestar se desacopló de la renta pasó hace tiempo y está claro que el Norte está defectuosamente desarrollado y que su crecimiento ha sido desmesurado. El crecimiento del PIB, ya sea como objetivo en sí mismo o como indicador del desarrollo, debe rechazarse de una vez por todas.

⁵ M. Burton y P. Somerville, «Degrowth: A Defence», cit., pp. 100, 104, 102.

⁶ Véase S. Lele, «Sustainable Development: A Critical Review», *World Development*, vol. 19, núm. 6, 1991, pp. 607-621; Jeroen van den Bergh y Giorgos Kallis, «Growth, A-Growth or Degrowth to Stay within Planetary Boundaries?», *Journal of Economic Issues*, vol. 46, núm. 4, 2014, pp. 909-920.

Desde la perspectiva de un país en vías de desarrollo, la verdadera cuestión es si el objetivo de Daly de una economía de estado estacionario, sin ningún crecimiento de la producción material, limitaría demasiado el desarrollo. La respuesta es que probablemente sí. Por muy «suave» o no material que sea la estrategia de desarrollo, resulta difícil imaginar cómo una gran población sin recursos en el Sur global puede alcanzar una pizca de desarrollo sin algún aumento en la utilización de recursos materiales para la alimentación, la vivienda (incluyendo cierta protección contra el calor) y el vestido, por no mencionar la educación y los desplazamientos. Sin duda, el impacto medioambiental de los dos o tres mil millones de pobres globales saliendo de la pobreza y alcanzando un «nivel de vida decente» será pequeño comparado con el daño causado por los niveles actuales de (sobre)consumo registrados en el Norte global⁷. No obstante, una estrategia basada en un estado estacionario de la producción material no es adecuada para la etapa actual de los países en vías desarrollo.

Al mismo tiempo, un estado estacionario en la producción del mundo rico no es suficiente; por ello, el decrecimiento –o la reducción del consumo– es el único enfoque sostenible. El típico ciudadano de clase media del Norte global está consumiendo a unos niveles completamente insostenibles en múltiples frentes: emisiones de carbono, utilización del agua, expolio de la tierra, destrucción de la biodiversidad, etcétera. Al margen de las consideraciones medioambientales, mucha gente en países de renta elevada sufre las enfermedades físicas y psicológicas características del sobre desarrollo. Reducir su problema únicamente a una cuestión de exceso de emisiones de carbono, que a continuación puede resolverse mediante una transición a las energías renovables, es simplemente un juego de prestidigitación. En otras palabras, en todas partes la atención debe concentrarse en un bienestar multidimensional. Para ello, el Sur no debe concentrarse en el crecimiento económico, sino en el desarrollo destinado al aumento de sus niveles de bienestar mientras minimiza su impacto medioambiental. El Norte debe calcular lo que necesita para su transición a un bienestar multidimensional sin mayor crecimiento económico, al mismo tiempo que reduce decisivamente su producción material.

⁷ Narasimha Rao y Paul Baer, «“Decent Living” Emissions: A Conceptual Framework», *Sustainability*, vol. 4, núm. 4, 2012, pp. 656-681.

2. DEFINICIONES DE BIENESTAR

Llegados a este punto necesitamos analizar la idea de bienestar. La idea de un estado estacionario o de una economía sostenible impone limitaciones sobre la producción material, pero no nos dice cómo sería la vida en semejante economía. Daly aborda la cuestión cuando afirma que «la vida debería tener algún propósito más allá del crecimiento económico» y traza una distinción entre crecimiento «cuantitativo» y desarrollo «cualitativo»: las cosas pueden mejorar sin hacerse más grandes. Pero su planteamiento para medir el bienestar sigue siendo mayormente economicista: el índice de bienestar económico sostenible [*Index of Sustainable Economic Welfare*] que elaboró junto a John Cobb en 1989 proponía simplemente corregir el PIB incluyendo el trabajo doméstico no remunerado y deduciendo el gasto en «defensa» y la depreciación del capital natural ocasionada por el daño medioambiental⁸.

La idea de bienestar ha recorrido un largo camino desde la aparición del índice de bienestar económico sostenible, o de su sucesor, el indicador de progreso real [*Genuine Progress Indicator*] todavía marcadamente economicista. Gran parte de la reflexión inicial provino de los debates sobre el desarrollo en el contexto del Sur global. Conceptualmente, después de las nueve necesidades humanas fundamentales de Manfred Max-Neef, llegó la idea de Amartya Sen sobre el «desarrollo como libertad»⁹. En términos de indicadores, el simplista índice de desarrollo humano –expectativa de vida, alfabetización e ingresos– ha dado paso a medidas más complejas y multidimensionales que ya no se limitan al Sur global: el índice bruto de felicidad nacional [*Gross National Happiness Index*], el índice para una vida mejor [*Better Life Index*] de la OCDE, el Informe de felicidad global [*The World Happiness Report*] y el indicador de progreso social [*Social Progress Index*], basados en la idea de Sen del desarrollo concebido como libertad, que incluye las necesidades humanas básicas (alimentación, agua, saneamiento, refugio, seguridad personal), los fundamentos del bienestar (acceso al conocimiento, información, salud, calidad ambiental) y las posibilidades de progreso (derechos individuales, libertad personal, inclusión

⁸ H. Daly, «Ecologies of Scale», cit., pp. 88-89. Véase también, Herman Daly y John Cobb, *For the Common Good: Redirecting the Economy toward Community, the Environment and a Sustainable Future*, Boston, 1989.

⁹ Manfred Max-Neef, Antonio Elizalde y Martin Hopenhayn, «Development and Human Needs», en P. Ekins y M. Max-Neef (eds.), *Real-Life Economics: Understanding Wealth Creation*, Londres, 1992, pp. 197-213; Amartya Sen, *Development as Freedom*, Nueva York, 1999.

y acceso a la educación superior). Los partidarios del decrecimiento también han hecho suya la idea de que el bienestar no se mide en términos de consumo, sino de mejora de la calidad de vida por medio de la tranquilidad, la socialidad y una experiencia enriquecida. Claramente, el bienestar tiene dimensiones materiales y no materiales.

Una discusión detallada de la teoría del bienestar está fuera del alcance de este artículo, pero habría que señalar no obstante dos puntos al respecto. El primero es que Max-Neef y Sen han diferenciado entre las formas finales del bienestar (salud, afecto, entendimiento, ocio) y las condiciones necesarias para alcanzarlas (aire limpio para tener salud, por ejemplo, o espacios verdes para el ocio). Sin embargo, muchas medidas del bienestar mezclan estas variables¹⁰. Para nuestros propósitos es mejor centrarse en los índices de bienestar final. En segundo lugar, muchas conceptualizaciones recientes del bienestar multidimensional incluyen implícitamente tres aspectos –el individual, el social y el medioambiental–, lo cual puede resultar confuso. Por ejemplo, en el indicador de progreso social la nutrición o la salud pueden medirse individualmente, mientras muchas otras variables –derechos políticos, libertad de expresión, acceso a la justicia, igualdad de oportunidades, no discriminación por razones de género, orientación sexual, clase o raza/casta– se refieren a relaciones comunitarias o sociales, dado que pertenecen al ámbito de una sociedad equitativa y justa en vez de apuntar a un bienestar específicamente individual y atañen a cómo se relacionan entre sí los seres humanos. Igualmente, el indicador de progreso social incluye medidas de calidad medioambiental algunas de las cuales tienen una influencia directa sobre el bienestar individual (como la calidad del aire que afecta inmediatamente a la salud individual), mientras que otras (las emisiones de gases de efecto invernadero, por ejemplo) entran dentro del bienestar futuro del planeta. Igualmente, la «justicia» a menudo se ha ampliado para incluir no solo la justicia intrageneracional e intergeneracional, sino también la justicia entre las especies y la justicia procedimental. Aunque estas ideas son importantes, hacen que el término «justicia» sea algo difícil de manejar.

Para clarificar las cosas puede ser útil partir de la base de que una «sociedad buena» tiene tres objetivos específicos. El primero es el bienestar individual, que presenta aspectos materiales e inmateriales

¹⁰ Un notorio ejemplo es el índice de desarrollo humano, que incluye la esperanza de vida –una parte integral de una vida mejor– así como los ingresos, que son solo un posible medio para ella.

y que se mide en términos de su nivel de satisfacción en el momento presente. El segundo es la equidad, que se refiere a todos los tipos de justicia intrageneracional. El tercero es la sostenibilidad, que aborda la dimensión temporal, el deseo de un bienestar que se mantenga tanto para uno mismo como para las generaciones futuras¹¹. Una «sociedad buena» tratará de asegurar estos tres objetivos. Sin embargo, reconocer que los individuos, las comunidades y las culturas tendrán ideas diferentes sobre el bienestar individual, la equidad y sostenibilidad, también exigirá especificar qué procesos se seguirán para reconciliar diferentes valores e intereses. Las ideas sobre la toma democrática de decisiones, la justicia procedimental y los derechos de reconocimiento deben tenerse en cuenta como una preocupación adicional.

3. MÁS ALLÁ DE LA SOSTENIBILIDAD

¿Cuál es la relación existente entre el medioambiente y esta idea tridimensional de una «buena sociedad»? Hasta ahora, la discusión de la *NLR* parece considerar mayormente las preocupaciones medioambientales como sinónimos de sostenibilidad. Empieza con el estado estacionario de la producción de Daly concebido para asegurar un bienestar que sea sostenible y no decreciente. Pollin se hace eco de este planteamiento al centrarse en las emisiones de carbono como la raíz de todos los problemas medioambientales, las cuales amenazan de nuevo el *futuro* bienestar económico (agregado) debido a las *actuales* emisiones de carbono (agregadas). Burton y Somerville amplían la discusión para incluir la disminución de las capacidades de asimilación del planeta en general, así como el agotamiento de los recursos, si bien su proyecto sigue delimitado por la «sostenibilidad ecológica», es decir, por nuestra capacidad para continuar haciendo en el futuro lo que estamos haciendo en el momento presente.

La reducción del «ecologismo» a la «sostenibilidad» no es algo nuevo. El término tiene su origen en la gestión renovable de los recursos –la capacidad de un recurso para seguir siendo en el futuro tan productivo como lo es en la actualidad– y se ha convertido en un término de moda en el ámbito de la ecología, de manera que «ser sostenible» significa en un sentido general «salvar el planeta», mientras que «ser insostenible» significa hacer algo hoy que resultará perjudicial mañana. Claramente,

¹¹ Véase S. Lele *et al.*, «Framing the Environment», en S. Lele *et al.* (eds.), *Rethinking Environmentalism: Linking Justice, Sustainability and Diversity*, Cambridge, 2018, pp. 1-22.

la preocupación ética subyacente es por el futuro, siendo cierto que el término «sostenibilidad» parece tener un atractivo del que carecen «eco-desarrollo» o «racionalidad medioambiental». Proporciona un objetivo positivo y responde a valores primordiales con los que resulta fácil identificarse: la preocupación por los propios hijos y nietos. Pero plantear todos los problemas medioambientales como cuestiones de sostenibilidad, o afirmar que el objetivo global del movimiento ecologista sea crear una sociedad sostenible, deja de lado otras preocupaciones éticas, que han sido fundamentales para el pensamiento medioambiental y que difieren sustancialmente de las preocupaciones por nuestro futuro. Necesitamos considerar dos dimensiones adicionales semiindependientes: la equidad o justicia y la conservación.

Justicia medioambiental

La preocupación por la equidad, o la justicia, ha sido fundamental para el ecologismo. Muchos conflictos medioambientales se basan en el hecho de que las acciones de una persona –instalar una fábrica, construir una presa– afectan negativamente al bienestar de otros (salud, medios de vida) a través de procesos medioambientales interrelacionados: residuos industriales que se propagan por el aire o son arrastrados por las corrientes de agua; tierras de cultivo que quedan sumergidas por las presas. Si los habitantes de las zonas rurales o la gente que sufre las emisiones de la fábrica tienen derecho a la vida, al sustento y a un medioambiente limpio, cualquier cosa que afecte a estos derechos constituye una injusticia medioambiental o biofísica. Si se pregunta a cualquiera por qué tener que respirar los humos tóxicos diseminados por otros está mal, probablemente responda «porque no es justo», no «porque es insostenible»¹².

Igualmente, debido a que los recursos naturales son limitados –la premisa fundamental del ecologismo– su distribución es un juego de suma cero, lo que significa que su mala distribución puede ser una fuente de injusticias. Si el agua transportada desde una presa hacia una comunidad agrícola se asigna en proporción a la propiedad de la tierra, ignorando los derechos de las personas sin tierra –o cuando los consorcios municipales de aguas la suministran a hogares que pagan determinadas tarifas, mientras excluyen

¹² Se podría extender la idea de «sostenibilidad» para decir, por ejemplo, que para la persona que está muriendo por culpa de una enfermedad respiratoria, los humos eran «insostenibles» para ella. Pero este planteamiento no es consistente con los valores normalmente aceptados.

a los habitantes de las zonas urbanas hiperdegradadas o la distribuyen a una ciudad a expensas de otra por razones culturales o históricas— ello constituye una cuestión de inequidad o de injusticia medioambiental/biofísica. Hay que señalar que en estos casos la injusticia —ya sea puramente medioambiental o también social— se está produciendo aquí y ahora, no en un marco temporal futuro: es una cuestión intrageneracional. También la escala en la que se produce esta injusticia se halla a menudo muy localizada. A pesar de los intentos por presentar *todos* los problemas medioambientales en términos globales, muchos son realmente subglobales tanto en sus causas inmediatas como en su impacto¹³.

Aquí utilizo el término «injusticia medioambiental» en un sentido algo diferente al popularizado por Robert Bullard en su libro *Dumping in Dixie*. Lo que yo denomino injusticia medioambiental o biofísica se refiere simplemente a los impactos desiguales de un proceso medioambiental sin hacer referencia al estatus social del contaminante o del contaminado. El pionero trabajo de Bullard señalaba que casi siempre hay un estrato adicional de desigualdad en los casos de injusticia medioambiental —lo que yo llamaría «injusticia social»— que se manifiesta en que las contaminadas tienden a ser comunidades socialmente marginadas. Sin negar que la justicia social a menudo se correlaciona con la injusticia biofísica, sugiero que es más útil mantener diferenciadas las dos analíticamente para clarificar la fuente de la inequidad¹⁴.

Desde luego muchos problemas medioambientales tienen dimensiones tanto espaciales como temporales. El cambio climático es un ejemplo clásico. Aunque normalmente se plantee en los términos establecidos por Garrett Hardin como una tragedia de los comunes o, más exactamente, de acceso abierto a los bienes comunes globales, el cambio climático supone graves asimetrías temporales y espaciales. La cuestión temporal está clara —las actuales emisiones afectarán al clima durante cientos de años— de ahí el planteamiento predominante del cambio climático como un problema de sostenibilidad global. Pero, como señalaron Anil Agarwal y Sunita Narain, también hay múltiples asimetrías espaciales¹⁵. El CO₂,

¹³ Véase, por ejemplo, Johan Rockström *et al.*, «A Safe Operating Space for Humanity», *Nature*, vol. 461, núm. 7.263, 2009, pp. 472-475.

¹⁴ Robert Bullard, *Dumping in Dixie: Race, Class and Environmental Quality*, Boulder (CO), 1990; S. Lele, «Sustainable Development Goal 6: Watering Down Justice Concerns», *WIREs Water*, vol. 4, núm. 4, 2017.

¹⁵ Anil Agarwal y Sunita Narain, «Global Warming in an Unequal World: A Case of Environmental Colonialism», Centre for Science and Environment, Nueva Delhi, 1991.

que se ha acumulado hasta ahora en la atmósfera global, ha sido en gran medida el producto de las emisiones del Norte a partir de 1850, unas emisiones que han sostenido la prosperidad de la que actualmente disfruta¹⁶. Además, las emisiones per cápita en el Norte son todavía de cinco a diez veces más elevadas que las del Sur global. Incluso considerar al Sur como el único responsable del crecimiento de su población y descontando este crecimiento de las estadísticas per cápita –utilizando, por ejemplo, datos de población de 1990 en el denominador– no cambia significativamente esta inequidad. Finalmente, los impactos del calentamiento global se van a sentir más en el Sur, empezando por los Estados insulares y los países monzónicos subtropicales, que en muchos países templados; las zonas de tundra de Canadá o Rusia puede que incluso celebren el aumento de las temperaturas. Si añadimos a todo ello el componente de la (in)justicia social –que la capacidad para tomar medidas de adaptación está gravemente limitada en los países pobres–, se comprende por qué la mayoría de la gente en el Sur global habla del clima como una cuestión de *justicia*. Y si nos alejamos de posiciones provincianas, sean del Norte o del Sur, podría afirmarse que el cambio climático es simultáneamente una cuestión de sostenibilidad medioambiental y de justicia medioambiental¹⁷.

Esto señala de nuevo los problemas del planteamiento del «crecimiento verde equitativo», que utiliza emisiones agregadas y apunta a «un mundo que no supere los 2°C de temperatura» sin poner de relieve la distribución de beneficios y costes. Los modelos globales de utilización de la energía y del cambio climático habitualmente «eluden» en su beneficio el patrón asimétrico de utilización de energía y de emisiones actualmente existentes para después hablar de reducciones agregadas en pro de un determinado objetivo de estabilización del clima. El Acuerdo de París de 2015 ratificó efectivamente este enfoque extremadamente desigual al dejar que cada país estableciera sus propios objetivos de reducción, mientras Estados Unidos optó por agravar la injusticia retirándose incluso de este acuerdo. Al final de su artículo, Pollin reconoce que incluso la transición a la energía limpia que propone acabará con el ciudadano medio estadounidense emitiendo cinco veces más carbono que su homólogo en India y admite la gran injusticia que ello supone. Pero rechaza cualquier

¹⁶ Incluso en la actualidad una gran parte de las emisiones chinas deberían ser «cargadas» al Norte global, porque China está produciendo bienes para saciar los apetitos de sus consumidores.

¹⁷ John Byrne, Young-Doo Wang, Hoesung Lee y Jong-dall Kim, «An Equity- and Sustainability-Based Policy Response to Global Climate Change», *Energy Policy*, vol. 26, núm. 4, 1998, pp. 335-343.

posibilidad práctica de igualar globalmente las emisiones y sostiene que la única manera factible de introducir un elemento de igualdad sería exigir que Estados Unidos proporcionara asistencia financiera a gran escala a los países más pobres para que realizaran su propia transición a una energía limpia¹⁸. La predisposición a sacrificar la preocupación por la justicia en aras de la «sostenibilidad global del clima» ha sido una característica específica del pensamiento del crecimiento verde; lo que resulta más sorprendente desde la perspectiva del Sur es que Pollin llame a esta estrategia «crecimiento verde igualitario».

Un enfoque corto de miras en el que el CO₂ se convierte en el único centro de atención se arriesga a imponer otras injusticias medioambientales¹⁹. Por ejemplo, Pollin habla de suplementar la energía solar y eólica con la energía hidráulica, precisamente cuando el movimiento ecologista pensaba que finalmente había ganado la batalla con el World Commission on Dams Report [Informe de la Comisión Mundial sobre Presas] (2000), donde se exponía el devastador impacto socioambiental de las presas, especialmente en el Sur global. Realmente, el gobierno indio ha aprovechado la oportunidad que representa el cambio climático para justificar sus increíblemente destructivas y peligrosas presas en el nordeste del país, apelando a la «energía limpia». En su forma extrema, el ecologismo centrado en el carbono ofrece *carte blanche* para la industria nuclear²⁰.

Una visión igualmente estrecha afecta a los llamamientos para resolver el cambio climático a través de la reforestación, como sucede con la contribución de Troy Vettese en la *NLR*. De nuevo, el énfasis que se hace en la reducción de las concentraciones globales de CO₂ significa exonerar a los modelos de emisiones existentes, ignorando al mismo tiempo el hecho de que una reforestación a gran escala puede imponer grandes costes sobre comunidades que dependen de bosques y prados en el Sur densamente poblado y todavía sin industrializar. Nuestro análisis muestra que el compromiso del gobierno de Modi con el Acuerdo de París para capturar el equivalente a 2,5-3 millones de toneladas de CO₂

¹⁸ R. Pollin, «De-Growth vs a Green New Deal», cit., p. 21. Esta sugerencia parece cuando menos tan políticamente «impracticable» como pedir una reducción justa de las emisiones.

¹⁹ Navroz Dubash, «Environmentalism in the Age of Climate Change», *Seminar*, vol. 601, 2009, pp. 63-66.

²⁰ M. V. Ramana, «Second Life or Half-Life? The Contested Future of Nuclear Power», en Thijs van de Graaf et al. (eds.), *The Palgrave Handbook of the International Political Economy of Energy*, Londres, 2016, pp. 363-396.

en los bosques indios únicamente puede lograrse invirtiendo los recientes logros en la descentralización política, restaurando el poder de los neocoloniales departamentos de bosques y dañando significativamente los medios de vida²¹. Vettese apoya acriticamente una solución especialmente atroz basada en la reforestación, esto es, la propuesta de E. O. Wilson sobre la «mitad de la Tierra», que intenta abordar simultáneamente las preocupaciones sobre el clima y la diversidad. No sorprende que la «mitad» del planeta que haya que poner bajo «protección» esté mayormente en el Sur global, lo cual ha desatado duras críticas sobre la propuesta considerándola tanto injusta como poco efectiva²².

Los fines de la conservación

Cuando la obra de Rachel Carson *Silent Spring* llamó la atención sobre la conexión entre el DDT y el declive del águila calva, ¿Carson estaba pensando en el futuro de la humanidad o en el de esas icónicas aves? ¿Qué es lo que motiva las campañas para salvar al tigre, a la ballena o a la mariposa? En su raíz, el deseo de conservar una hermosa biota parece surgir de una preocupación espiritual o estética (los que hacen campañas a favor de la biodiversidad normalmente no luchan por la conservación de extraños patógenos o virus en peligro de extinción)²³. Hay quien sostiene que los seres humanos tienen una inherente «biofilia», otros que la biota otorga un sentido del «lugar» o un «valor relacional»; una posición más radical concede a la naturaleza el «derecho» a existir independientemente del bienestar humano²⁴. Los defensores de los derechos de los animales han planteado la cuestión de la justicia entre las especies, el

²¹ Navroz Dubash, Radhika Khosla, Ulka Kelkar y S. Lele, «India and Climate Change: Evolving Ideas and Increasing Policy Engagement», *Annual Review of Environment and Resources*, vol. 43, núm. 1, 2018, pp. 395-424.

²² Troy Vettese, «To Freeze the Thames», cit., pp. 65-67. Véase también, Bram Büscher et al., «Half-Earth or Whole Earth? Radical Ideas for Conservation and their Implications», *Oryx*, vol. 51, núm. 3, 2016, pp. 407-410.

²³ El concepto de «servicios del ecosistema» se centra en los beneficios materiales, directos e indirectos, procedentes de la conservación de ecosistemas naturales. Sus críticos lo acusan de pretender una «mercantilización de la naturaleza». Véase Kathleen McAfee, «Selling Nature to Save It? Biodiversity and Green Developmentalism», *Environment and Planning D: Society and Space*, vol. 17, núm. 2, 1999, pp. 133-154.

²⁴ Stephen R. Kellert y E. O. Wilson, *The Biophilia Hypothesis*, Washington DC, 1995; Madhav Gadgil, «Why Conserve Living Diversity?», *The Hindu*, 29 de marzo de 1998, pp. 6-7; Kai M. A. Chan et al., «Why Protect Nature? Rethinking Values and the Environment», *Proceedings of the National Academy of Sciences*, vol. 113, núm. 6, 2016, pp. 1462-1465. Una crítica se encuentra en Tim Hayward, *Political Theory and Ecological Values*, Nueva York, 1998.

imperativo ético para que tratemos con respeto a todos los seres sintientes. Entonces, la conservación puede suponer una combinación de bienestar (espiritual) y de justicia. Incluso la idea de conservar la vida salvaje para que la disfruten generaciones futuras solo tiene sentido, si nosotros mismos nos preocupamos por esos seres vivientes.

Sin embargo, al igual que sucede con la sostenibilidad, prestar una atención exclusiva a la biodiversidad puede ocultar cuestiones sobre la justicia humana intrageneracional²⁵. El ejemplo de la conservación ecológica de la mitad del planeta es un ejemplo de esta tensión. Al sostener que la pérdida de diversidad ha alcanzado un «punto crítico global», los ecologistas que sostienen esta alternativa olvidan que la mayor pérdida de hábitats salvajes se ha producido en el Norte desarrollado; además, plantear la pérdida de biodiversidad como un fenómeno «global», equivalente al cambio climático, es un error, ya que la pérdida de la biota en un lugar puede no afectar materialmente a la gente de otros lugares. Aquellos que defienden que la «mitad de la tierra» debería conservarse como espacio natural no consideran la privilegiada posición desde la que surge esta solución: para disfrutar de esta manera de la biodiversidad primero hace falta que el ecoturista viva en un entorno domesticado, disfrutando de un privilegiado estilo de vida que es realmente dañino tanto para el clima como para el espacio natural.

En resumen, el ecologismo tiene por objeto todas las dimensiones del bienestar: materiales y espirituales, individuales y distributivas, presentes y futuras. El aspecto medioambiental se refiere al papel de procesos biofísicos ya sea para proporcionar materiales para la alimentación, el refugio y el vestido o para garantizar condiciones de bienestar no material, como sucede con los entornos verdes o los espacios para la vida salvaje; o para vincular en una determinada cuenca fluvial a los sujetos contaminantes situados en el curso alto de la misma con los sujetos contaminados ubicados corriente abajo, o para conectar a las generaciones actuales con las futuras a través del cambio climático o el agotamiento de los recursos. La «sostenibilidad» no recoge estas diversas preocupaciones considerándolas «extraecológicas», como hace Seaton, algo que es parte de una larga historia de engañosa compartimentación: la «sostenibilidad» o la

²⁵Véase Ramachandra Guha, «Radical American Environmentalism and Wilderness Preservation: A Third World Critique», *Environmental Ethics*, vol. 11, núm. 1, 1989, pp. 71-83. Guha hace una crítica del pensamiento unidimensional de la «ecología profunda».

«conservación» considerada como la cuestión medioambiental; la «justicia», ya sea distributiva o procedimental considerada como la cuestión social, y la «productividad» o la «eficiencia» considerada como la cuestión del desarrollo²⁶. Necesitamos enmarcar la definición de la buena sociedad en términos más inclusivos e interconectados.

No solo el clima

Dotar de un marco erróneo a la crisis del clima comprendiéndola únicamente como una cuestión de sostenibilidad global es una parte del problema; plantearla como la «única» crisis medioambiental o como la «madre» de todos los problemas ecológicos es otra. Muchos problemas medioambientales son anteriores a la crisis del clima y continúan amenazando el bienestar actual y futuro a escala planetaria, especialmente en el Sur. La escasez de agua, por ejemplo, es probablemente un problema más urgente en India y en muchos otros países del Sur que los riesgos planteados por el cambio climático²⁷. El bombeo indiscriminado de aguas subterráneas ya ha agotado los acuíferos en la India peninsular y en algunas de sus regiones septentrionales, mientras que la irreflexiva construcción de presas y el fomento del riego por superficie ha provocado el descenso de los caudales de los ríos –especialmente de los caudales base que son decisivos para la vida acuática– y agravado los conflictos entre las zonas altas y bajas de las cuencas. La falta de agua potable limpia y de sistemas de alcantarillado es una causa importante de enfermedad en el subcontinente. Sin embargo, el vínculo entre la crisis del agua y el cambio climático es tenue, mientras que la contaminación del agua está más relacionada con la gestión de las aguas residuales y la falta de control que con el aumento de las temperaturas globales²⁸.

Los países del Norte global han «solucionado» muchos de sus problemas medioambientales locales en parte exportando su producción a China y su basura a África, pero en parte también gracias a la construcción de fuertes movimientos ecologistas en la década de 1970. Para mucha gente en el Norte, el cambio climático –que parecía surgir de la nada dejando al

²⁶ L. Seaton, «Green Questions», cit., pp. 110-111.

²⁷ Veena Srinivasan *et al.*, «The Nature and Causes of the Global Water Crisis: Syndromes from a Meta-Analysis of Coupled Human-Water Studies», *Water Resources Research*, vol. 48, núm. 10, 2012.

²⁸ S. Lele *et al.*, «Why Is the Arkavathy River Drying? A Multiple-Hypothesis Approach in a Data-Scarce Region», *Hydrology and Earth System Sciences*, vol. 19, núm. 4, 2015, pp. 1.905-1.917.

descubierto su continua vulnerabilidad— se convirtió en *la* crisis medioambiental. Pero muchas comunidades en el Sur global ya experimentan esa vulnerabilidad: solamente unas cuantas generaciones después de que se liberaran de la explotación colonial, están luchando contra el doble impacto de una pobreza aplastante y los problemas medioambientales regionales. Puede que el cambio climático los agrave, pero habida cuenta de sus bajas emisiones de carbono respecto al Norte, ¿qué sentido tiene para ellos entrar en discusiones sobre la reducción de sus emisiones o sobre la totalidad de su «producción material» para alcanzar una economía de estado estacionario? ¿Y qué sentido tiene centrarse exclusivamente en la adaptación al cambio climático, cuando miles de agricultores se suicidan, cuando un millón de muertes anuales se atribuyen a la contaminación del aire, cuando millones de familias emplean penosas horas recogiendo agua cada día para atender a sus necesidades domésticas y muchas más pierden sus medios de vida cuando son privadas de sus tierras para dedicarlas a la minería, la construcción de presas y otros proyectos de «desarrollo»?

Hay una analogía aquí con las cuestiones planteadas sobre la importancia atribuida al COVID-19 —una enfermedad que llegó a la India por medio de viajeros internacionales y que golpeó a las clases altas antes de filtrarse a los pobres— comparada, por ejemplo, con la tuberculosis, que continúa matando a más de trescientos mil indios cada año. En mi opinión, no podemos pensar en la «insostenibilidad» como si fuera el único problema, en el cambio climático como si fuera su única causa, ni en las energías renovables como si aportaran la única solución. Tenemos que plantear consistentemente el problema como una crisis integral, multidimensional, del medioambiente y del desarrollo. Mitigar los fenómenos climáticos y adaptarse a ellos tiene que producirse como un «beneficio colateral» de políticas que promuevan un desarrollo local y regional sostenible y equitativo²⁹.

4. IDENTIFICAR EL PROBLEMA

Para desarrollar estrategias que aborden esta crisis medioambiental y de desarrollo primero debemos preguntarnos «a qué se debe». A continuación, tendremos que reflexionar sobre cuáles son las causas del subdesarrollo en el Sur y del defectuoso desarrollo del Norte,

²⁹ Navroz Dubash, D. Raghunandan, Girish Sant y Ashok Sreenivas, «Indian Climate Change Policy: Exploring a Co-Benefits Based Approach», *Economic and Political Weekly*, 1 de junio de 2013.

caracterizados por bajos niveles de bienestar y elevados niveles de desigualdad e injusticia medioambiental, que socavan nuestro futuro individual y colectivo. Las respuestas son evidentemente complejas y aquí solo hay espacio para analizar algunos de los aspectos que han surgido hasta ahora en el debate: el capitalismo, las relaciones de poder, la tecnología y los combustibles fósiles. Y los valores.

En cuanto a las causas de esta crisis, merece la pena recordar que las respuestas de los participantes en el debate de la *NLR* apuntaban al crecimiento de la población (Daly) y el consumo (Daly, Vettese, Burton y Somerville) como factores inmediatos del cambio climático, y a la tecnología (Pollin) o los cambios en los modos de vida (Vettese) como las posibles soluciones. Esto recuerda la fórmula de Ehrlich de la década de 1970, que considera el impacto medioambiental (I) como el producto de la población (P), la riqueza/consumo (A) y la tecnología/eficiencia (T): « $I=PAT$ »³⁰. Parte del problema de esta ecuación es que sugiere que la población, la riqueza y la tecnología son variables causales, cada una de ellas capaz de impulsar el impacto medioambiental. Para aquellos situados en el Norte global puede parecer que «la decisión sobre el número de hijos» la toman los individuos. Sin embargo, en el Sur global la gran mayoría no tiene esa capacidad; las elevadas tasas de fertilidad están estrechamente relacionadas con la pobreza, la discriminación de género y la falta de sanidad, educación y seguridad social³¹. El crecimiento de la población se entiende mejor no simplemente como una causa del daño medioambiental, sino como un síntoma de presiones sociales más profundas. Por ello necesitamos examinar las causas últimas de la pobreza, del sobreconsumo y del agotamiento de los recursos.

El capitalismo es claramente una de las causas fundamentales. El capitalismo no solo permite que se acumulen los beneficios a través de la propiedad privada del capital, sino que obliga a los propietarios de este a perseguir activamente la rentabilidad económica en competencia con el resto de ellos. Este imperativo exige que la economía esté creciendo constantemente, lo cual significa que el consumo debe hacer lo mismo, incluso –o quizá especialmente– en países que ya son ricos. Los anteriores participantes en este debate ya han examinado el papel desempeñado

³⁰ Véase Paul R. Ehrlich, Anne H. Ehrlich y John P. Holdren, *Ecoscience: Population, Resources, Environment*, San Francisco, 1977.

³¹ Véase por ejemplo, Lourdes Arizpe, M. Priscilla Stone y David C. Major (eds.), *Population and Environment: Rethinking the Debate*, Nueva York, 2019.

por el capitalismo en general: «El capitalismo monopolista financiarizado, dirigido hacia el crecimiento continuo y la concentración de los ingresos», como señala Daly³². A esto yo añadiría que como forma de relación social, el sistema capitalista se basa, *inter alia*, en legitimar la conversión de los «ahorros» –valor del trabajo acumulado– en un «capital» del que se espera que produzca un rendimiento. Esto hace que todos los que tengamos dinero en el banco (que se presta para producir intereses) y que invertimos en fondos de inversión (que invierten en empresas para obtener rendimientos) seamos cómplices del capitalismo. Así que para hacer caer el sistema tendremos que empezar por renunciar a cualquier expectativa de «rendimientos» de nuestros ahorros y por pedir a los banqueros que hagan lo mismo. Este pequeño paso exigiría una revolución en nuestra manera de pensar.

Pero el capitalismo no es la única explicación; hay otros factores «semiindependientes» que también actúan³³. Desde la perspectiva del Sur global, el papel del colonialismo como factor facilitador de la acumulación en el Norte y de la perpetuación de la pobreza en el Sur, así como el neocolonialismo, persistente en la actualidad en forma de términos comerciales desfavorables, son factores fundamentales. Además, muchos Estados poscoloniales han oscilado entre dictaduras abiertas y pseudodemocracias (como muestran acontecimientos recientes, el Norte global podría estar encaminándose en la misma dirección). En la mayoría de los países del Sur, el «Estado» es contemplado con grandes sospechas, considerándolo más dispuesto a perpetuar las injusticias coloniales y complacerse con el capitalismo clientelista que a mejorar la suerte de los pobres. Esta combinación de colonialismo, neocolonialismo y colonialismo interno debe ser tomada en cuenta como algo semiindependiente del capitalismo. Igualmente, hay otras estructuras sociales opresivas que ocasionan desigualdades de poder (racismo, sistema de castas, patriarcado), que a menudo traen aparejada la injusticia medioambiental. Aunque el colonialismo puede considerarse como una extensión del capitalismo y aunque el racismo ha estado claramente entrelazado con ambos en varios aspectos, las formas de discriminación basadas en la raza, la casta o el género existían antes de que tomara forma el moderno capitalismo actual y por ello deben reconocerse como factores semindependientes.

³² H. Daly, «Ecologies of Scale», cit., p. 96.

³³ Utilizo el término «semiindependiente» para reconocer la significativa interacción y a menudo el reforzamiento mutuo entre diferentes factores «últimos». Véase S. Lele, «Rethinking Sustainable Development», *Current History*, vol. 112, núm. 757, 2013, pp. 311-316.

La única manera de contrarrestar estos sistemas es radicalizando la idea y las estructuras de la democracia. Pero como muestra el caso de India, no habría que subestimar la magnitud de la tarea. Aunque la India se proclama orgullosamente la democracia más populosa del mundo, la calidad del heredado «modelo de Westminster» deja mucho que desear y se está deteriorando cada vez más. Tampoco puede atribuirse simplemente el funcionamiento no democrático a la manipulación capitalista. Las estructuras de poder en la India conservan muchos vestigios del dominio colonial que fortalece el poder del Estado frente al ciudadano común. Para un país con el doble de población que Europa y cuatro veces más que Estados Unidos, no hay niveles de gobierno democrático fiables por debajo del nivel de las provincias, que en muchos casos tienen el tamaño de una nación europea grande. La falta de democracia en la toma de decisiones no es solo un producto del capitalismo, sino que está enraizada en otras historias y prácticas: en las tradiciones de discriminación social mencionadas anteriormente, pero también en la ausencia de una confianza arraigada en el proceso democrático (más allá de las elecciones) y en las ideas de transparencia y la rendición de cuentas que la acompañan. Por ello, el gobierno no democrático necesita ser abordado semiindependientemente del capitalismo.

En tercer lugar, la ciencia (reduccionista) y la tecnología (inapropiada) son nuevos impulsores de la degradación medioambiental, que tienen que considerarse como factores semiindependientes en sí mismos. La revolución industrial marcó un cambio enorme en nuestra comprensión de la naturaleza y en nuestra capacidad para manipularla. Por primera vez éramos capaces de convertir la energía fósil en energía mecánica y más tarde eléctrica. Después vinieron las revoluciones en la química (incluyendo el desarrollo del DDT) y la microbiología (incluyendo los antibióticos), la energía nuclear y, más recientemente, la tecnología de la información y la genética. Esta drástica expansión de nuestra capacidad de manipular la naturaleza no ha ido acompañada de un incremento de la comprensión de los efectos «externos» de semejante manipulación: cómo puede acumularse el DDT en la cadena alimentaria los riesgos de gestión de los residuos asociados con la energía nuclear; los efectos socioculturales y psicológicos de la utilización de la tecnología de la información. En algunos casos se ignoraron premonitorias advertencias: el climatólogo sueco Svante Arrhenius predijo en 1896 que la quema de combustibles fósiles haría que aumentara la temperatura del planeta. En la mayoría de los restantes casos, los efectos de nuestros inventos sobre

el medioambiente y la salud se descubrieron mucho después. El trabajo de Carson sobre el DDT, por ejemplo, señala la ausencia de toda prueba preliminar sobre las consecuencias ecológicas de introducir un producto químico tan potente en el medioambiente: una inconsciencia que surgía en parte del reduccionista triunfalismo tecnológico de la posguerra. Aunque los fabricantes de DDT lógicamente gastaron grandes sumas tratando de desacreditar las revelaciones de Carson, no puede decirse que el problema se originó en el capitalismo.

La energía nuclear representa un caso comparable. En la India, como en muchos otros países, el sector de la energía nuclear es de propiedad estatal. Sus paladines han sido científicos motivados por la fama o el orgullo nacional e impulsados por su fe en las soluciones tecnológicas y por su arrogancia de sentirse por encima del riguroso escrutinio público de sus presupuestos o más allá del daño que la minería del uranio causa en las comunidades indígenas del interior del país. Una vez formados en esta manera de pensar, ninguna clase de datos sobre defectos de nacimiento o sobre el coste del almacenamiento de los residuos radiactivos hará temblar su fe en la energía nuclear. El papel del capital privado en este apartado es mínimo.

O de nuevo podemos volver a la explotación del agua. Hasta la década de 1970, las aguas subterráneas en la India se consumían básicamente en pozos de uso doméstico. La llegada de la tecnología para la perforación de pozos produjo una «revolución» y el país es actualmente el mayor consumidor de aguas subterráneas del mundo, la mayor parte de ellas destinadas al riego. En consecuencia, grandes zonas del país están asistiendo ahora al declive de la capa freática. Casi toda la innovación y la investigación científica se ha concentrado en «desarrollar» este recurso: nuevos medios para detectar reservas, para calcular rendimientos (inmediatos) y para bombear desde mayores profundidades. Tanto en India como a escala global se ha prestado muy poca atención a comprender de dónde proceden, si se trata de aguas subterráneas fósiles o se recargan anualmente; a dónde van a parar, qué cantidad vuelve a los ríos o a los océanos o cómo podemos medir su movimiento, controlar su consumo, etcétera.

Pero la culpa de este desarrollo científico desequilibrado difícilmente se puede atribuir al capitalismo. La mayor parte de la prospección y perforación inicial tuvo financiación pública y aunque los fabricantes de

maquinaria de perforación y bombeo son empresas capitalistas presas de sus intereses específicos, el impulso para perforar y bombear viene en última instancia del agricultor individual, que trata de hacer crecer una cosecha más rentable, o de un hogar individual, que intenta asegurarse su suministro de agua; todo ello bajo las condiciones del mercado, desde luego, pero la economía de mercado en la alimentación existía mucho antes de que apareciera el capitalismo industrial. Hay un interesante paralelismo entre la sobreexplotación de los combustibles fósiles y la de las aguas subterráneas en la India: estas últimas empezaron a explotarse, porque se desarrolló una tecnología que nos dio acceso no solo a su componente renovable, sino también al no renovable (fósil). Igual que con el combustible fósil, las ganancias inmediatas superaban en mucho los costes a largo plazo y como sociedad no fuimos capaces de elaborar rápidamente disposiciones institucionales para evitar que socáramos nuestro futuro.

Realmente existe una relación fundamental entre el cambio tecnológico y el capitalismo industrial. La cuestión fundamental de todos los sistemas económicos es quién controla el valor excedente que queda después del proceso de producción una vez que se han satisfecho las necesidades elementales de los trabajadores. La energía fósil aumentó espectacularmente la cuantía del excedente. Una vez transformada por tecnologías de conversión en energía mecánica y eléctrica, esta fuente de energía concentrada era tan barata que se podía aumentar la producción sin un significativo aumento del insumo de trabajo, siendo el ejemplo clásico la sustitución de los telares manuales por los mecanizados. Cuando la revolución tecnológica fue más allá de la generación de energía y de la termodinámica para llegar a los campos señalados anteriormente (metalurgia, bioquímica, microbiología, genética, tecnología de la información), generó excedentes todavía mayores creando en el proceso la ilusión de un ilimitado posibilismo tecnológico. Indudablemente, las relaciones sociales de producción tenían que legitimar la apropiación de este excedente por los propietarios de los medios de producción en vez de, por ejemplo, por toda la comunidad, pero fue la disponibilidad de una energía fósil barata lo que lo hizo posible³⁴.

Pocas sociedades podían anticipar las implicaciones de este enorme excedente y establecer acuerdos institucionales para absorberlo más

³⁴ Para un detallado aunque quizá exagerado argumento sobre el vínculo entre la economía y la energía, véase Mansoor Khan, *The Third Curve: The End of Growth as We Know It*, Bombay, 2013.

equitativamente. Para la mayoría, el resultado –Marx diría inevitablemente– fue el capitalismo industrial. Sin embargo, hasta la década de 1970 nadie, capitalista o comunista, prestó demasiada atención al hecho de que los recursos fósiles que estaban propulsando esta revolución tecnológica se agotarían, ni al hecho de que su utilización podría afectar negativamente al medioambiente a pesar de la advertencia de Arrhenius. No puede culparse al capitalismo por lo que parece ser una «normal» respuesta humana: a caballo regalado (la tecnología) no se le mira el diente. Esto lo podemos constatar con los combustibles fósiles y, a menor escala, con las aguas subterráneas.

Puede ser más exacto decir que el capitalismo industrial evolucionó conjuntamente con los combustibles fósiles y otras tecnologías: aunque el excedente inicial provino del carbón, el capitalismo condujo la innovación hacia el aprovechamiento de otros combustibles –licuefacción del gas natural, plataformas petrolíferas alejadas de la costa, *fracking*– y hacia las tecnologías «posindustriales»; en el curso de este proceso, el propio capitalismo ha cambiado, dado que la revolución en las tecnologías de la información permite que las finanzas se muevan a velocidades inimaginables hace un par de décadas. Esta evolución conjunta significa que necesitamos abordar no solo el capitalismo, sino la naturaleza del excedente que los combustibles fósiles contribuyeron a generar y el mejor planteamiento para hacerlo. ¿Deberíamos derrocharlo todo ahora dando por supuesto que siempre encontraremos otra fuente de energía barata en algún sitio o utilizarlo con moderación en el Norte para facilitar que el Sur eleve sus niveles de vida al mismo tiempo que se conserva como una reserva para generaciones futuras? Necesitamos actuar de manera similar con las demás contradictorias bendiciones desatadas por las modernas tecnologías, los avances en la biología, la energía nuclear y las tecnologías de la información: insistir en un control democrático mucho mayor sobre el proceso de innovación del que el capitalismo y la arrogancia tecnológica han permitido hasta ahora.

El lugar de los valores

Esto nos lleva a la cuestión de los valores. Aunque el capitalismo agrave nuestra predilección por consumir, no podemos explicar todo el consumo como una consecuencia del capitalismo. Una parte fundamental de la naturaleza humana es querer una vida más fácil y librarse de los trabajos penosos, inicialmente explotando esclavos y trabajo forzoso

ampliamente utilizado por el Norte global bajo el colonialismo. Aunque la abolición de la esclavitud fue en buena parte el resultado de las revueltas de los propios explotados, también supuso un amplio reconocimiento de que la esclavitud era inhumana y criminal y que, por consiguiente, debía ser condenada. A no ser que aquellos que se rebelaron reconocieran un principio por encima de su propio interés, probablemente se hubieran convertido ellos mismos en propietarios de esclavos. Igualmente, si pagamos por salvar a los tigres mediante cuotas con planes de servicios al ecosistema, debemos preocuparnos por la vida salvaje. Para defender el transporte público frente a las presiones de la industria del automóvil, primero debemos preocuparnos por las generaciones futuras y después saber algo del impacto sobre sus vidas del consumo de combustibles fósiles. Para generar tecnologías que sean socialmente útiles, primero tenemos que entender e internalizar las ideas correspondientes sobre la utilidad social, no deificar por sí mismas la curiosidad y la inventiva. Para hacer que una fábrica deje de contaminar un río, necesitamos un sentido de justicia medioambiental e, idealmente, que quien contamina también lo comparta.

La crisis multidimensional a la que nos enfrentamos exige cambiar valores en múltiples frentes: nuestras ideas sobre el bienestar (¿ilimitada riqueza material o subsistencia, afecto y libertad?), sobre la justicia y sobre cómo contemplamos y valoramos la naturaleza o las formas de vida no humanas. También necesitamos una ética del «proceso» para gobernar las inevitables concesiones entre agentes con diferentes valores e intereses. Además, muchas de las «soluciones» a la crisis están plagadas de incertidumbre de manera que la toma de decisiones debe ser abierta y objeto de rendición de cuentas. Pero, ¿cómo empezar a cambiar los valores si estamos muy socializados mediante ellos? Si somos constantemente bombardeados por mensajes que glorifican el consumo, la violencia y la competición, ¿cómo vamos a abrazar la frugalidad, la paz y la cooperación sin cambiar las estructuras responsables de ese bombardeo? Muchos pedagogos han sostenido que el cambio empieza en el individuo y luego se traslada al conjunto social. Históricamente, las transformaciones de los valores las provocaban carismáticos líderes religiosos. Actualmente, el cambio debe producirse de una manera más horizontal y dispersa y la educación ofrece una de las rutas posibles para ello³⁵. También debemos explorar otros planteamientos: la persuasión a través del debate público, el aprendizaje mediante la experiencia o la acción práctica. Como han

³⁵ «El objetivo de la educación no es el dominio de la materia, sino el de la persona sobre sí misma»: David Orr, «What Is Education For?», *In Context*, vol. 27, 1991, pp. 52-55.

sostenido los críticos del movimiento por la sencillez voluntaria, la cuestión es no detenerse en el ámbito individual sino empezar ahí y luego organizarse hacia el «exterior»³⁶. El cambio estructural no se producirá automáticamente, habrá que luchar por él. La cuestión es mantener vivo el proceso de reflexión constante sobre los valores propios en el curso de la lucha y de la organización para verificar cómo son influidos por nuestras acciones y por las nuevas estructuras que creemos. En palabras de Gandhi, «no puede haber un sistema tan bueno que haga que los individuos en él no necesiten ser buenos».

5. UTOPIÁS, NO PRAGMÁTICA

¿Qué pasa entonces con las estrategias? Aquí no propongo ninguna panacea. Buscar soluciones pragmáticas, como hace Pollin, nos obliga a un planteamiento más estrecho del problema: un valor (sostener a las generaciones futuras), un problema (el cambio climático), un objetivo (reducir las emisiones de carbono) y una solución (las energías renovables)³⁷. Una vez que abrimos el debate para incluir no solo la sostenibilidad, sino también la justicia, el bienestar, la conservación y los procesos democráticos, resulta imposible pensar en términos de simples estrategias o soluciones basadas en una sola clase de tecnología. Necesitamos pensar en estrategias que sean, como dice Seaton, no pragmáticas sino utópicas, porque lo pragmático es un seductor camino para mantener el *statu quo*³⁸. Estas estrategias serán necesariamente parciales, abordando múltiples niveles desde múltiples direcciones.

En primer lugar, necesitamos un cambio en nuestra manera de pensar. Tenemos que contrarrestar la influencia en nuestra mente colectiva del crecimiento económico como panacea, de la arrogancia tecnológica y de la idea de Adam Smith de que el interés individual conduce automáticamente al bien de la sociedad. Debemos rechazar jerarquías de pensamiento establecidas en las que economistas e ingenieros llevan la

³⁶ Véase, Ken Conca, Thomas Princen y Michael Maniates (eds.), *Confronting Consumption*, Cambridge, 2002, especialmente el capítulo de Maniates.

³⁷ También han surgido dudas sobre la viabilidad técnica del tipo de transición energética que propone Pollin. Véase por ejemplo, Ted Trainer, «Can Renewables Meet Total Australian Energy Demand? A “Disaggregated” Approach», *Energy Policy*, vol. 109, 2017; Vaclav Smil, «A Global Transition to Renewable Energy Will Take Many Decades», *Scientific American*, vol. 310, núm. 1, enero de 2014.

³⁸ L. Seaton, «Green Questions», cit., pp. 126 y ss.

batuta, los sociólogos están en un lamentable segundo plano y las humanidades no aparecen por ninguna parte³⁹. Tenemos que reabrir la cuestión de los valores, preguntándonos qué queremos decir cuando hablamos de una buena sociedad y argumentando por qué deberíamos preocuparnos por nuestros congéneres, por las generaciones futuras y por el mundo natural. Nuestros análisis deben ser igualmente multidimensionales, evitando la trampa de la causalidad única o de tratar de explicarlo todo a través del marxismo, el feminismo o algún otro sistema. Es vital tender puentes sobre la división estructura/agencia para explorar cómo nuestras acciones en la producción, el consumo y la utilización de nuestros «ahorros» nos involucran en el mismo sistema contra el que estamos luchando.

En segundo lugar, necesitamos cambios estructurales concretos. En el frente económico, aunque la renta básica universal puede ser un punto de partida, el objetivo final debe ser la transferencia de la propiedad de los activos productivos. En el Sur global existen verdaderas oportunidades para hacerlo, no solo para devolver el control de los bosques de propiedad estatal a las comunidades locales: dicho sea de paso, Nepal dio un gran paso adelante a principios de la década de 1990 e India se está moviendo en la misma dirección con su Ley de Derechos Forestales⁴⁰. Estos cambios combinan la transferencia del control de los medios de producción con la democratización de la toma de decisiones medioambientales, la cual otorga voz a las comunidades locales sobre proyectos de desarrollo como minas y presas. Esto podría ser un paso importante hacia el codiseño y la copropiedad de esos proyectos. Simultáneamente, el COVID-19 ha reabierto la discusión sobre la fiscalidad progresiva, aunque solo sea para generar recursos con los que luchar contra la pandemia. En vez de caer presos de la retórica de la necesidad de «paquetes financieros para poner de nuevo en marcha la economía», deberíamos preguntarnos «cómo podríamos modelar una economía diferente».

En el frente político, la batalla radica claramente en la creación de procesos profundamente democráticos y en su orientación en función de los problemas medioambientales. Una democracia plenamente participativa puede estar muy lejos, pero el principio de la subsidiaridad social y medioambiental —es decir, situar en el ámbito federal únicamente

³⁹ La pirámide de disciplinas de Manfred Max-Neef es reveladora en este aspecto: M. Max-Neef, «Foundations of Transdisciplinarity», *Ecological Economics*, vol. 53, núm. 1, 2005.

⁴⁰ Véase la sección especial sobre la Ley de Derechos Forestales en *Economic and Political Weekly*, 24 de junio de 2017.

aquellas funciones que no puedan realizarse en un ámbito inferior—podría contribuir a fortalecer la transparencia y la rendición de cuentas. La democratización debe incluir la supervisión pública de la ciencia y la tecnología, pero también necesitamos educar a nuestros científicos en la ética y la sociología para ayudarles a que entiendan los desafíos que afrontamos en el frente socioambiental y para propiciar que rindan cuentas de sus acciones.

La educación será esencial para todas las propuestas señaladas anteriormente. El propósito de la educación no es una «capacitación» instrumentalista para producir masas dóciles destinadas a ser explotadas por el actual sistema político y económico. Su propósito es transformador: imbuir en todos y todas amplios valores humanos y capacidad de pensamiento crítico. Solamente entonces podremos superar las limitaciones de raza, casta, género y demás prejuicios hoy existentes, conectar de nuevo con nuestros entornos y convertirnos en ciudadanos y ciudadanas políticamente activos y conscientes. Vislumbrar el Everest desde Bihar es probablemente algo efímero una vez que las fábricas de la región reanuden sus operaciones después del confinamiento y vuelvan a quemar carbón, extraído con un trabajo extenuante de minas que arrasan los bosques de los pueblos indígenas para alimentar los apetitos de los consumidores de los centros urbanos de la India y del mundo. Pero con una nueva manera de pensar sobre el rompecabezas planteado por la relación medioambiente/desarrollo con conceptos como el *buen vivir* y la *vikalp sangam* [confluencia de alternativas] sobre los que fundamentar nuevas coaliciones, podemos confiar en que seremos capaces de vislumbrar un futuro mejor tanto para la humanidad como para la naturaleza⁴¹.

⁴¹ Véase Ashish Kothari en «Radical Ecological Democracy» y otros ensayos en Julien-Francois Gerber y Rajeswari Raina (eds.), *Post-Growth Thinking in India: Towards Sustainable Egalitarian Alternatives*, Nueva Delhi, 2018.